

Nacimiento, pasión
y muerte de
HUSAYN MANSÛR
HALLÂDJ



Husayn Mansúr Hallâdj nació en el año 857 en Irán, al Noreste del pueblo de Beïza. Beïza era un centro muy arabizado, un pequeño campamento situado en la ruta militar que iba de Basra al Khurasan.

Su madre, cuando aún estaba encinta de él, hizo la promesa de ofrecerlo como servidor a los *fugarâ*—religiosos pobres— y le puso el nombre de Husayn, en recuerdo del hijo martirizado de Fátima, la hija bendita del Profeta.

Su padre era cardador de lana. Varios años después del nacimiento de Hallâdj, se trasladó con toda su familia a la ciudad de Wasit, a orillas del Tigris, importante zona textil, poblada mayormente por sunitas, de origen árabe y centro de una famosa escuela de lectores del Corán.

Aquí, Hallâdj terminaría por olvidar su lengua materna, el persa, y comenzaría a introducirse en las sutiles profundidades de la lengua árabe. En esta lengua sólo se escriben las consonantes, los finales de palabras no pueden ser vocalizados hasta que la frase entera no ha sido construida. Esto fuerza al estudiante a razonar, lo vuelve apto para expresar ideas generales y también para persuadirse de ellas. Lengua del Corán en la que Hallâdj, desde su infancia, intentó saborear las realidades de la fe.

Hallâdj aprendió el Corán de memoria desde muy pequeño y pronto experimentó la energía que eleva la oración del alma hacia Dios. El árabe sería la lengua de sus efusiones místicas. Para todo musulmán, el árabe expresa la palabra de Dios de forma adecuada. El creyente debe conseguir interiorizar su oración en árabe. Parece ser que Hallâdj experimentó un primer aspecto de unificación con Dios rezando en árabe.

A los veinte años abandona a su primer maestro místico, Sahl, y se dirige a la ciudad de Basra. Allí recibe el hábito de la orden sufi, de mano del que será su segundo maestro 'Amr Makki.

La orden sufi había surgido como retorno a la comunidad primitiva musulmana, en la que la fraternidad espiritual de los creyentes suplantaba al clan y a la familia. La orden pregonaba un retorno a esta vida común, a la oración colectiva con el fin de recorrer juntos el camino que conduce hasta Dios. Pero en esta época, la orden sufi era una comunidad fuertemente esotérica, herméticamente cerrada en sí misma, celosa de sus secretos y experiencias, e implacable con aquellos que osaran desvelar estos secretos. Estas características hicieron que, años más tarde, Hallâdj rechazara el manto remendado, símbolo del sufi, y se abriera a "las gentes del siglo" ya que, en el fondo de su conciencia, él se sentía a sí mismo como un apóstol de Dios, como un testigo de la Realidad invisible de Dios en este mundo visible. Hallâdj quiere que cada uno encuentre a Dios por sí mismo, en el fondo de su alma, y se pone a disposición de la necesidad religiosa de los demás. Los ritos y las formas culturales de cada grupo no le interesan, si bien se abstiene de criticarlos. Para Hallâdj había que pasar a través de ellos y saborear directamente la realidad divina. El apuntaba hacia una Base, origen de todas las ideas e interpretaciones.

"He reflexionado sobre las distintas confesiones religiosas, haciendo un esfuerzo por comprenderlas, y las considero como un Principio Único con numerosas ramificaciones."

Su rechazo de la disciplina arcana, sus continuas rectificaciones de las terminologías tantos sunitas como chiitas y su actitud libre ante las ortodoxias reinantes, le pusieron pronto en el blanco de todas las sospechas y envidias.

El mismo escribió:

"Cuando Dios toma un corazón,
lo vacía de todo lo que no sea El.
Cuando El ama a un servidor
incita a los demás a perseguirle
para que este servidor busque refugio
solamente en El."

Al mismo tiempo que toma los hábitos sufi, en Basra, contrae matrimonio con Umm al-Husayn, del clan Mujâshi. Fue éste un matrimonio monógamo, famoso por su fidelidad mutua, un hogar feliz hasta el final, del que surgieron tres hijos y una hija. Su maestro sufi Amr Makki reprobó sin embargo esta boda, ya que el clan de su esposa estaba relacionado con los rebeldes Zanj y con la herejía extremista de los chiitas. Su entrada en este clan fue el origen de su persistente reputación de revolucionario e incluso de conspirador chiita, lo cual le valió una primera detención.

No obstante, más allá de los conflictos entre clanes rivales, Hallâdj continuó con sus prácticas ascéticas y devocionales, ayunando cada Ramadam, preparando el camino que le conduciría a la fusión total con la divinidad.

Al estallar la revuelta de los Zanj, que fue inmediatamente aplastada, sus relaciones con su maestro

sufi se resquebrajan y Hallâdj, cansado, decide partir hacia La Meca. Durante su peregrinación constata el desgarramiento interno que sufre la Comunidad Islámica, dividida en clanes y en familias espirituales eternamente enemistadas. Su convicción es que la unidad de la comunidad musulmana no puede hacerse con guerras temporales y con derramamientos de sangre, sino con la oración y el sacrificio de la vida ascética.

En La Meca promete quedarse un año, en el atrio del Templo, en estado de ayuno y de silencio interior. Esta soledad y silencio en los que se sumerge durante meses, agudiza su espíritu y lo eleva a una dimensión más allá de lo propiamente humano: "Si hubiera lanzado un átomo de lo que tenía en mi corazón sobre las montañas, se habrían derrumbado."

En La Meca, desposeído de todo, Hallâdj entra en un éxtasis continuo. Abiertas de par en par las alcobas de su intimidad, osa pronunciar las palabras secretas y sagradas, con las que los sufi gozaban en solitario, ya que su repetición en público estaba prohibida. Hallâdj exclama a los cuatro vientos:

"Mi espíritu se ha mezclado con Su espíritu
como el almizcle con el ámbar,
como el vino con el agua pura."

o bien:

"Nuestras conciencias son una sola.
En ellas sólo penetra el Espíritu de la Verdad."

La Ley Islámica mantiene que Dios es inaccesible para el hombre. Las afirmaciones de un Hallâdj, transfigurado por su experiencia de la divinidad, no podían más que provocar el escándalo y la persecución. Su antiguo maestro sufi le rechaza como discípulo, pero Hallâdj ha iniciado ya un camino sin re-

torno y su ascesis, alimentada por un ardiente fuego interior, le conduce a dimensiones cada vez más sublimes.

"¡Oh alma mía, confórtate!

La gloria está en la ascesis y en el

[recogimiento.

Sueña con la claridad que se esconde
en el nicho del éxtasis transfigurante."

Tras el abandono de su maestro sufi, aparecen los primeros discípulos: antiguos compañeros sufi, hombres de letras, sunitas bien pensantes, antiguos cristianos conversos.

"¡Oh Dios, en la aurora o en el crepúsculo,
Tu amor está adherido a mi aliento!

Cuando me aislo con mis compañeros para

[charlar

es de Ti de quien les hablo."

En Ahwáz, tras volver de La Meca, hace su primera predicación pública y en público rechaza el hábito de la orden sufi, con el fin de entregarse a un camino de introspección universalista, abierto a la gente de la época. Sus discípulos le llaman HALLADJ AL-ASRAR, "el cardador de los más íntimos secretos de la conciencia", pero sus enemigos, especialmente los sufi, que se sienten ultrajados, emprenden una campaña despiadada de difamación, incitan a la multitud contra él, le acusan de farsante, de brujo, de realizar falsos milagros. Ibn Attar cuenta lo siguiente en su Memorial de los Santos:

"Un día en el que Mansúr Hallâdj se dirigía a la Meca con cuatrocientos discípulos, estos le dijeron:

-¡Oh Mansúr! No tenemos pan ni cabeza de cordero cocida para comer."

- "Sentaos unos tras otros", respondió Mansúr.

Una vez que todos estuvieron sentados, Mansûr fue visitándoles uno por uno. De detrás de su espalda, Mansur iba sacando dos trozos de pan y una cabeza de cordero y se los iba dando a cada uno. En total distribuyó ochocientos panes y cuatrocientas cabezas de cordero cocidas.

—“Necesitaremos dátiles frescos”, dijeron.

—“Sacudidme pues”, respondió Mansûr.

Le sacudieron y una lluvia de dátiles frescos cayó sobre ellos.

La ciudad de Basra se había vuelto hostil contra Hallâdj, así que decidió dejar la ciudad y dirigirse al Khurasan con el fin de continuar sus predicaciones en las colonias árabes de Irán oriental. Predica en cada ciudad que encuentra, se detiene en las fronteras, descansa en los conventos fortificados de los voluntarios para la guerra santa. Al cabo de cinco años vuelve a Ahwâz y gracias a ciertas protecciones oficiales se instala con su familia y con sus discípulos en Bagdad.

Una segunda peregrinación a La Meca la realiza acompañado por cuatrocientos discípulos. Allí los sufi le acosan de nuevo, le injurian, le acusan de charlatán, de practicar la magia y de pactar con los genios.

Un segundo gran viaje apostólico le lleva más allá de las fronteras del mundo islámico; viaja a la India y allí conoce a otros ascetas de otras vías espirituales. Atraviesa el mar, remonta el Indo y sube hacia el NE con las caravanas que transportan los tejidos confeccionados en los talleres de la región del Tigris, y que vuelven a Bagdad con los hermosos papeles chinos, sobre los que sus discípulos copiarán su obra.

Vuelve a La Meca por tercera vez, en la que sería la última de sus peregrinaciones. Su ascesis espiritual le ha conducido a cotas hasta entonces inimaginadas

por sus compañeros de fe, los musulmanes. Su experiencia íntima de Dios le sitúa en contradicción aparente con las más sagradas verdades reveladas:

“He renegado del culto debido a Dios ya que esta negación me era un deber, mientras que para los musulmanes es un pecado.”

Hallâdj comprende que el verdadero amante de Dios debe destruir mentalmente la imagen del Templo, para encontrar a Aquel que lo ha fundado; debe destruir el templo de su cuerpo para unirse a Aquel que le da vida y le sostiene:

“La gente hace la peregrinación a La Meca,
¡Yo voy en peregrinación espiritual hacia mi
[Anfitrión Bien Amado!

¡Ellos ofrecen corderos como sacrificio,
yo ofrezco mi sangre y mi cuerpo!”

* * *

“Sí, ve a prevenir a mis amigos!

¡Diles que me he embarcado hacia alta mar
y que mi barca se ha roto!

Yo moriré en la instancia suprema de la Cruz.
¡No quiero ir más a La Meca ni a Medina!”

Al volver de La Meca a Bagdad, Hallâdj instala una Caaba en miniatura en su casa. De noche ora incansablemente en los cementerios, de día intensifica sus predicaciones en plena calle de la capital, con una sucesión de discursos sorprendentes. En pleno éxtasis de alegría y lucidez exclama:

“¡Oh musulmanes, salvadme de Dios...”

El no quiere devolverme mi yo mismo,
no quiere devolverme mi alma.

¡Esto es más de lo que yo puedo soportar!”

En las mezquitas provoca a los fieles:

“Dios os ha hecho lícita mi sangre.
¡Matadme...!

No hay en el mundo un deber más grande
para el musulmán que condenar a muerte
a este loco que osa decirse unido a Dios...

Combatid por la fe y que yo muera mártir.
¡Matad pues a este maldito!”

El revuelo y la emoción popular causada por estas predicaciones conmueve a la ciudad de parte a parte. Los doctores, los hombres de letras, de leyes, los lectores del Corán, todos lanzan gritos al cielo y se rasgan las vestiduras. Varios consejeros del tribunal del gran cadí de Bagdad presentan un escrito ante la Corte Suprema, denunciando a Hallâdj y pidiendo para él la pena de muerte.

La petición fue rechazada por el Tribunal, debido a la oposición de otros asesores, seguidores de Hallâdj, que consideraron que la inspiración mística de Mansur escapaba a la jurisprudencia de los tribunales de derecho canónico. Hallâdj quedó momentáneamente a salvo pero la cólera de sus enemigos no hacía más que crecer hasta tal punto que muchos de sus seguidores pasaron a la clandestinidad. Hallâdj por el contrario, preso de un arrebato ilimitado, intensificó sus predicaciones y sus visitas a la mezquita de Al-Mansur.

En cierta ocasión, al entrar en la mezquita, fue interpelado por uno de sus amigos, el poeta y místico Shibli. La respuesta de Hallâdj, ocultando sus ojos bajo su manga, fue: “Yo soy El, yo soy la Verdad.”, afirmación que fue considerada como una blasfemia en el más alto grado y que, sin lugar a dudas, aceleró el momento de su detención, de su proceso y ejecución.

Aún así, no fueron razones teológicas ni dogmáticas las que originalmente fueron utilizadas para arrestarle definitivamente. En efecto, en el año 908 estalla en Bagdad una conspiración sunita que apenas duró un día, debido a la negativa de los banqueros judíos a apoyarla mediante créditos, ya que los judíos estaban por esta época aliados a los chiitas. El principal impulsor de la conspiración, el emir Ibn Handan, tuvo que huir de la ciudad con la policía pisándoles los talones. Todos sus íntimos y colaboradores fueron detenidos y ejecutados. Hallâdj había sido consejero íntimo de Ibn Handan. Se hace pública una orden de busca y captura contra él. Arrastrado por sus seguidores más íntimos huye de Bagdad y se instala en Ahwâz. Al cabo de tres años de búsqueda, la policía le detiene y le conduce a Bagdad. El proceso, que durará nueve años, comienza.

“Y ahora que el carcelero llega,
ahora que los policías se agrupan
y que el delator les ha dado mi nombre,
deseo que mi alma sea dispensada de Tu amor,
como si yo pudiera conseguir dispensarme de

[Ti

¡Oh mi oído y mi vista!”

“Perdona a las criaturas y no a mí.
Yo no Te pido nada para mí mismo,
y tú no me reclamas lo que Te debo.”

Estos nueve años pasados en prisión son los más intensos en la vida interior de Hallâdj y una gran prueba para su vocación y su misión profética.

“¡Ah, heme aquí en la prisión de la vida,
[rodeado de humanos!
¡Arráncame hacia Ti, fuera de la prisión!”

Este largo proceso estuvo marcado por los vaivenes de la vida política. A pesar de la enemistad declarada de muchos, ninguno se atrevía a condenarle claramente y a firmar su sentencia de muerte, ya que muchos de los seguidores de Hallâdj eran personas influyentes y piezas claves en el rompecabeza del poder temporal. La resolución final que le llevó al patíbulo apareció en un momento de debilidad de sus aliados, momento que sus enemigos habían esperado durante nueve años.

Bagdad era por aquella época la metrópolis más grande del mundo civilizado. Y fue allí, sobre un escenario erguido especialmente, donde el proceso del amor divino fue defendido y atacado, en medio del decorado fastuoso de la Corte de los Abásidas.

El 23 de marzo del año 922, los clamores de las trompetas anuncian que el visir va a proceder a una ejecución capital. Va a entregar la persona de Hallâdj al comisario de policía.

“¡Oh Secreto de mi alma!
Tú que sabes menguarTe tanto
que escapas a la imaginación de cualquier ser.
El perfume de Tu proximidad
me basta para despreciar toda la creación,
y el infierno no es nada
comparado al vacío que experimento
cuando Tú me abandonas.”

Se preparan medidas policiales para impedir cualquier rebelión. Esa misma noche, en su celda, Hallâdj se exhorta al martirio y prevé su resurrección gloriosa.

“¡Matadme pues mis fieles camaradas,
ya que en mi muerte está mi vida!
¡Mi muerte es sobrevivir y mi vida, morir!”

Siento que la abolición de mi ser
es el regalo más grande que se me pueda
[ofrecer,
y mi supervivencia, tal y como soy,
el peor de los tormentos.

Mi vida, entre estas ruinas derrumbadas,
[ha repudiado mi alma.
¡Matadme, pues, y quemad estos huesos
[perecederos!”

El día 24, sobre el pórtico de la comisaría de policía, delante de una innumerable multitud, Hallâdj es flagelado y exhibido, aún vivo, sobre el patíbulo.

“El amor es mantenerse de pie, muy cerca del
[Bien-Amado,
renunciando completamente a sí mismo
y transformándose en Su configuración.”

Amigos y enemigos tienen la ocasión de interpellarle, mientras algunos seguidores rebeldes incendian algunas tiendas.

La autorización en regla del califa llega durante la noche: La decapitación tendrá lugar al día siguiente.

“¿Qué es mejor, el origen o el fin?
Puesto que no confluyen cómo elegir uno u
[otro?”

El fin no es saber sino realización.”

Hallâdj pasa toda la noche en vigilia. Su espíritu vive en un éxtasis acelerado de tristeza y de fusión ardiente con su Amante.

“¡Oh Dios mío, si Tú testimonias Tu amor
hacia aquellos que Te dañan,
¿porqué no testimonias Tu amor
hacia aquellos que sufren por Ti?”

Las últimas palabras pronunciadas en la vigilia, justo antes de ser conducido al patíbulo, y escuchada por corazones amigos, fueron:

“Lo único que cuenta para el amante es que el Único lo reduzca a Su Unidad.”

Una gran multitud se había congregado a la mañana siguiente alrededor del patíbulo. Muchas narraciones maravillosas concernientes al amante de Dios se habían propagado por toda la ciudad durante esta noche dramática. Allí estaban los representantes consignados de la comunidad musulmana, los enviados del califa y autoridades civiles de la ciudad.

En el momento de la decapitación, alguien gritó:

“¡Que tu sangre caiga sobre nuestros cuellos para la salvación del Islam!”

Su cabeza cayó. El tronco fue rociado con petróleo e incinerado. Las cenizas fueron arrojadas desde lo alto de un minarete al Tigris. La multitud exclamó: “¡Allah akbar!”, mientras su cabeza era suspendida en un poste de madera.

Era el 17 de marzo del año 922.

* * *

“Menos aquí, nosotros, Tus Testigos.”

*Francisco F. Villalba
Madrid, julio de 1986*

Bibliografía

DIWAN. *Husayn Mansúr Halláj*. Traducido del árabe y presentado por Louis Massigon. Seuil. París 1981.

LE MEMORIAL DES SAINTS, de *Farid-ud-Din'Attar*, traducido del uigur por A. Pavet de Courteille. Seuil. París 1976.

LE MEMORIAL DES SAINTS de Paris
1981

En un tiempo de guerra, los vestigios
de la cultura antigua, que se ven
en las ruinas de las ciudades y en
los restos de las civilizaciones
pasadas, son un testimonio de la
historia y de la vida humana.

En el 17 de marzo del año 1981

"Mitos y leyendas, Tus Vestigios"

Francisco V. Villar
Madrid, julio de 1981

Libros de los Malos Tiempos

Miraguano Ediciones

XVX